

# ESCRIBIR EN LA UNIVERSIDAD, EN NUESTRA UNIVERSIDAD

Entre parciales, informes y monografías, la escritura universitaria está lejos de ser algo accesorio: constituye un ejercicio ineludible y constante que atraviesa todas las disciplinas. El Laboratorio de Escrituras de la Universidad Nacional de Hurlingham asume un compromiso de apoyo y acompañamiento en ese proceso, para ampliar la relación de los estudiantes con la lectura y la escritura.

## Beatriz Masine

Es coordinadora del Laboratorio de escrituras de Universidad Nacional de Hurlingham y docente a cargo del Taller de escritura académica y escolar en el Profesorado Universitario en Letras.

"Escribir es también escuchar el rumor del mundo", dice, en alguna de sus reflexiones, el Premio Nobel de literatura J.M.G. Le Clézio. Vale preguntarse, entonces: ¿qué rumores recorren las escrituras de los ámbitos universitarios?, ¿qué conversaciones se entrelazan entre los discursos pedagógicos, científicos, literarios, administrativos?, ¿cómo se tejen las relaciones y cómo se compartimentan esos ámbitos?, ¿qué se pierde en esas compartimentaciones? Interrogantes necesarios a la hora de pensar en **escribir en la universidad**: cómo se jerarquizan los saberes, cómo se eligen los géneros, cómo los docentes elaboramos consignas cuyos propósitos siempre deben privilegiar el desarrollo de un pensamiento crítico y creativo, cómo generamos herramientas para comprender, analizar e incorporar saberes que alienten las "conversaciones" entre las escrituras de los diversos ámbitos de nuestra cultura actual. Y también, a la hora de determinar abordajes interdisciplinarios, colaborativos y situados en los contextos efectivos de práctica, cómo privilegiamos determinadas iniciativas de enseñanza de la escritura.

Escribir es un verbo transitivo. Siempre se escribe algo: un diario íntimo, un informe, un poema, un relato, un proyecto. Y se escribe siempre para otro. Esa tensión entre algo y alguien supone un deseo que me gusta pensar como constitutivo del acto de la escritura. Si hablamos de escribir en la universidad, seguramente la representación inmediata nos diría que el referirnos a parciales, acreditación, monografías, informes, artículos de divulgación, resulta peleado con una dimensión subjetivadora y disfrutable de la escritura.



Sin embargo, si ponemos la cuestión en la pulsión por saber qué significa apropiarse de teorías, transformarlas o resignificarlas, hacerlas propias, el placer de decir no puede menos que reubicarse. La poesía, en este caso de Roberto Juarroz, nos ayuda a pensar lo que venimos diciendo: “No se trata de hablar / ni tampoco de callar: / se trata de abrir algo / entre la palabra y el silencio”. Entonces, qué se instala entre el decir y el silencio, de qué modo los y las docentes colaboramos para mantener ese desafío, ese hiato que nos constituye y merece ser interrogado. ¿Para qué se escribe en la universidad, quién y qué se escribe, cómo se proponen y cómo se enseñan las escrituras?

Uno de los enfoques de la escritura la define como una sofisticada tecnología, una *teckné*, que utiliza la palabra escrita como herramienta intelectual y cuya interiorización incide en los procesos de pensamiento. Esta herramienta exige para su adquisición de la existencia de instituciones y prácticas que motoricen el intercambio y la circulación de escritos relacionados con situaciones comunicativas formales y complejas. Pensando en los textos en particular, tanto en su composición como en su recepción, nos vemos en la necesidad de apelar a prácticas sistemáticas que desarrollen estrategias maduras de lectura y escritura.

Sabido es que la palabra *teckné* adopta la forma “ars” en latín, emparentando en un mismo sentido los conceptos de arte y escritura: la escritura como arte, artificio del pensamiento y contracción al lenguaje para que diga, se esfuerce por nombrar lo que se sabe y lo que no, lo que se piensa, lo que se imagina. Esta dimensión creativa, de artificio, no es privativa de la dimensión literaria, es constitutiva del trabajo con la palabra. Por lo tanto, cuando escuchamos los rumores de las escrituras que se producen en el ámbito de la investigación y de la enseñanza en el nivel superior, que suelen englobarse bajo el nombre de “escritura académica”, escuchamos también esa potencialidad. ¿Por qué cuando pensamos en una monografía abandonamos la apuesta por la invención o la creatividad (que solemos usar como sinónimos)?<sup>1</sup> Preguntas que los que somos responsables de espacios curriculares también deberíamos hacernos.

Si pensamos en la potencialidad de los géneros que circulan por las aulas de la universidad, por ejemplo, en prácticas de escritura que permiten la divulgación de saberes disciplinares, tanto de la ciencia como también de las artes y de las humanidades, vemos que la comunicación de los saberes disciplinares requiere, y muy especialmente en el presente, brindar herramientas a los estudiantes para que sean capaces de acercar conocimientos a un público que trascienda el universo académico y, sobre todo, si entre nuestros espacios curriculares tenemos como objetivos una formación pedagógica.

La divulgación implica, como sabemos, visibilizar los saberes que se producen en la academia para responder a la necesidad de lectores no especializados y a su derecho al acceso a la información. Ahora bien, “¿cómo mantener diferenciado el esqueleto duro de los datos bajo el músculo y la sangre de la imaginación?”, se pregunta la escritora Irene Vallejo<sup>2</sup>, a la hora de escribir su exhaustiva investigación sobre la invención de los libros en el mundo antiguo. Dar una respuesta a esta pregunta, habilitando la divulgación en sus diversos géneros y campos, como un camino posible, es un desafío que exige en cualquier travesía intelectual, el desarrollo de estrategias propias de las “artes de la escritura”. Nos referimos concretamente a la enseñanza de estrategias orientadas a la producción conceptual, a la revisión y sistematización de la información, a gestionar los procesos de planificación y textualización en función de los objetivos planteados, a seleccionar el “esqueleto duro de los datos” y a difundirlos en un lenguaje cercano y acorde con el espacio de publicación, sin perder la rigurosidad teórica requerida, entre otras cuestiones. Por otro lado, vale señalar que se trata de un “portafolio de saberes”, necesario en todas las instancias de producción textual y, por lo tanto, su enseñanza atraviesa otros ámbitos o recorres del hacer escriturario.

Pensemos también en la escritura de ficción, llamada hoy escritura creativa. ¿Quién sino la palabra literaria, en toda su complejidad, nos ayuda a asomarnos a los posibles órdenes y a las incertezas de toda invención? La escritura de ficción, dice Jerome Bruner<sup>3</sup> nos ayuda a ubicarnos entre el indicativo y la subjuntivización (estar en el modo subjuntivo es estar intercambiando posibilidades humanas y no certidumbres establecidas), y nos permite mostrar una relación particular con la verdad. La opacidad de la verdad con la que trabaja es un modo de producirla, un modo de lograr que, a partir de un uso especial del universo verbal, un mundo otro se despliegue en la mente del escritor-lector, de quien lee y escribe. En esa suerte de “antropología especulativa”, al decir de Juan José Saer<sup>4</sup>, encontramos, además, una sensibilidad necesaria para urdir tramas acerca de las posibles maneras de narrarnos a nosotros mismos y a los demás.

A veces ocurre que, en razón de la imposición de formas de pensamiento dominantes, se establecen modos de producción escrita que terminan jerarquizando géneros y excluyendo a otros. Una universidad que aborda de frente los géneros propios de la academia debe participar de desafíos actuales que ponen en tensión géneros oficiales y no oficiales, que revisan los modos de circulación del conocimiento y se adaptan a nuevas exigencias y posibilidades.

2– Vallejo; Irene (2020) *El universo en un junco. La invención de los libros en el mundo antiguo*, Bs.As., Siruela, p.17.

3– Bruner, Jerome, (1986), *Realidad mental y mundos posibles*, Barcelona, Gedisa, p. 181.

4– Saer, Juan José, (1997) *El concepto de ficción*, Bs. As. Seix Barral, p. 18

1– Cuando pensamos en la invención tomamos la perspectiva de la retórica clásica: búsqueda de los argumentos y de las lecturas que sostienen un texto.

Si escribir es una práctica situada en determinadas coordenadas políticas, sociales, culturales, retóricas, lingüísticas, que dinamizan una subjetividad plural (decir desde uno es también habilitar un nosotros), poco homogénea y siempre en disputas con su entorno; si escribir es ejercer el poder de decirle a otros una razón posible, una razón transformadora; si escribir, necesariamente, no es repetir el conocimiento ajeno, sino transformar el propio, “ver lo pensado y lo dicho de una manera diferente”<sup>5</sup>, imaginar la enseñanza de la escritura, en todas sus compartimentaciones, entonces nos obliga a trabajar formas genéricas no excluyentes, más alejadas de la hegemonía de los artículos científicos.

Todos estos enigmas e interrogantes deben ser pensados para poder actuar.

### Un Centro de escritura en la Universidad Nacional de Hurlingham

El Laboratorio de escrituras de la Universidad Nacional de Hurlingham acompañó el inicio de nuestra universidad. Si revisamos el plan fundacional (invierno del 2016), en ese momento ya se planteaba una serie de objetivos y de acciones que respondían a la preocupación y ocupación que la institución le daba, y le daría, a las prácticas de lectura y de escritura de sus estudiantes.

En estos seis años, el espacio institucional, a partir de distintas demandas y evaluaciones fue creciendo y produjo prácticas que se plasmaron en espacios como tutorías, jornadas, intervenciones (acompañamientos en parejas pedagógicas para la enseñanza transversal de la escritura en distintas carreras de la universidad), y un seminario interno de reflexión con modalidades presenciales y virtuales.

Sabemos que la preocupación por la lectura y la escritura motoriza la creación de centros de escritura, en distintas universidades del país y de Latinoamérica, y lo hace a través de programas que ponen el foco en instancias de formación e investigación, organización y participación en redes nacionales e internacionales de centros afines, producción de materiales, etc. En tanto formas de garantizar en el nivel superior, una real apropiación del conocimiento y una formación de sujetos críticos y creativos, compartimos, con muchos de ellos, la preocupación por la formación de los docentes y la institucionalización de espacios diferenciales (tutorías) para los estudiantes que así lo necesiten.

En nuestro caso, desde un inicio elegimos correr nos de ciertas evaluaciones centradas en la teoría del déficit-fraseo versus éxito, sin por eso desconocer las dificultades

que los estudiantes manifiestan, ya que se trata de evaluaciones que ponderan una serie de saberes que no se han alcanzado en los niveles anteriores de estudio.

## Sabemos que la preocupación por la lectura y la escritura motoriza la creación de centros de escritura, en distintas universidades del país y de Latinoamérica, y lo hace a través de programas que ponen el foco en instancias de formación e investigación.

Preferimos ubicarnos en “esa cantera”<sup>6</sup> de problemáticas que los estudiantes nos ofrecen como punto de llegada, para indagar cómo acompañarlos en el acceso a la lectura y a la producción de los textos, propios de la vida universitaria. Tal vez, recorriendo al revés la teoría del déficit, y borroneando ese palimpsesto de teorías superpuestas, nos encontremos con la tradición sancionadora del lápiz rojo, que se continúa, a veces, en algunas interpretaciones “moralizadoras” del corte y pegue que suele derivar en sanciones por plagio<sup>7</sup>. Entonces, la pregunta que se impone es cómo enseñar a escribir en la universidad, a partir del mucho o poco capital acumulado con el que los estudiantes transitan sus prácticas académicas.

Los estudiantes nos muestran sus recorridos: saber leerlos y pensar en estrategias valiosas para ampliar su relación con la escritura y la lectura es nuestra tarea. Nos corremos, así, del mero aplicacionismo: el camino que elegimos es el de revisar las prácticas de enseñanza que se llevan a cabo en las distintas disciplinas, y “ensayar” modos de trabajo que garanticen nuestros propósitos. De ahí tal vez el nombre elegido, “Laboratorio de escrituras universitarias, disciplinares y artísticas”, que conlleva una carga de valor experimental (en su amplia versión: experiencias y ensayos). ■

6— Carlino, Paula, (2005), *Escribir, leer y aprender en la universidad*, Bs.As., FCE

7— Abordar el tema del plagio en los ámbitos que estamos considerando implica hacerse algunas preguntas, entre ellas, ¿cuánto enseñamos a los estudiantes a realizar operaciones en los textos bases, a partir de una buena comprensión? ¿cuánto dominio de operaciones de reformulación poseen?, y entonces... ¿los estudiantes operan por problemas de “facilidad” o por desconocimiento?

5— Olson, David (1998) *El mundo sobre el papel*, Barcelona, Gedisa, p. 168